

De la Primera Guerra Mundial al Holocausto

El uso de la tecnología en la destrucción en masa del cuerpo humano – textos y contextos

SARA MARTÍN ALEGRE
Universitat Autònoma de Barcelona

En su magnífico estudio sobre la construcción del concepto cultural que llamamos Primera Guerra Mundial, *The Great War and Modern Memory* (1975), Paul Fussell dedica una sección a repasar las mentiras que surgieron espontáneamente en uno y otro bando como fruto del horror de ese conflicto. Según Fussell, de una mala traducción al inglés de la expresión «*kadaver anstalt*», traducible como «depósito de animales muertos», en una orden enajenada a los alemanes se dedujo que «las grasas eran tan escasas en Alemania debido al bloqueo naval que los cadáveres del campo de batalla solían transportarse a Alemania para extraer su sebo en instalaciones especiales» (2000: 116).¹ Lo insólito del caso es que se dijo de los británicos que mantenían en suelo francés una factoría, apodada “el Destructor”, que no era sino un gigantesco horno crematorio dedicado a incinerar todo tipo de basura, incluidos esos mismos cadáveres del frente. Fussell se burla de la inventiva y de la credulidad de los aterrados combatientes pero no ve que la imagería del Holocausto judío empieza con esta peculiar doble leyenda. Sin duda, el nazismo se benefició de la placidez generada por la comprobación de que las tropas alemanas no cometieron atrocidades en la Primera Guerra Mundial para encubrir el genocidio antisemita: pocos creyeron que los rumores eran esta vez reales.²

Hay dos aspectos complementarios en la idea de que el Holocausto es producto de la Primera Guerra Mundial. Adolf Hitler sufrió a causa de su participación en esa guerra la crisis que lo transformó de artista fracasado en dictador triunfal, factor que corresponde a la visión tradicional de la Historia como fruto de la trayectoria de individuos particulares. Por otra parte, la matanza organizada de los judíos –su sacrificio u Holocausto– tiene su precedente inmediato en el absurdo sacrificio de 8 millones de hombres en Europa ya que ni uno ni otro habrían sido posibles sin la implementación de la idea de destrucción masiva y sus correspondientes armas en la Gran Guerra, tendencia fruto en última instancia de la Revolución Industrial. Como escribe Mary R. Habeck, «la historia que cuenta el soldado es la de una guerra en la que las máquinas se han desarrollado mucho más rápidamente que las mentes de los hombres que las controlan» (2000: 101). Esta discrepancia desembocó en la parálisis psicológica individual que se apodó *shellshock* (crisis debida a las bombas, hoy denominada síndrome de estrés postraumático) y en el caso particular de Hitler en la contagiosa locura genocida que dominó a toda Alemania. A Fussell, quien estableció que la ironía es el modo dominante en la representación cultural de la Primera Guerra Mundial, se le escapa así pese a su perceptividad la mayor ironía: el tirano que autorizó el uso del gaseado como método idóneo para la solución final se reinventó como salvador de la patria estando convaleciente de un ataque con gas mostaza que lo dejó temporalmente ciego.³ Su biógrafo Ian Kershaw nos dice que pese a que Hitler no albergaba sentimientos antisemitas profundos antes de la guerra, la

doble humillación del Armisticio de 1918 y de la caída de la monarquía alemana lo postergó de tal manera que sólo pudo hallar consuelo en la arbitraria idea de que los judíos alemanes eran culpables de ambos fracasos, idea que llevaría a sus últimas consecuencias (Kershaw 1999: 122).

No estoy, en todo caso, defendiendo la idea de que el Holocausto es incomprendible sin el paso de Hitler por la Primera Guerra Mundial, idea que me parece de sentido común, sino la idea de que cualquier veterano de esa guerra amargado por la derrota (podría haber sido un francés o un británico) habría conducido al mundo a horrores similares. Nos consuela pensar que Hitler es excepcional, pero a Hitler lo construyen las circunstancias y éstas podían haberse dado en otras naciones de Europa ya que todas perdieron la guerra y todas eran potencialmente genocidas, como demuestra la popularidad de las teorías eugenésicas originadas en Gran Bretaña y difundidas en Estados Unidos y el resto de Europa occidental. Alemania agotó antes la capacidad industrial que la sostenía y por su peor gestión de sus recursos fue demonizada como iniciadora y perdedora del conflicto, demonización que encontró en Hitler la encarnación perfecta. Lo que el peso de su figura (y de la de Stalin también en otro sentido) nos oculta, muy convenientemente para los Aliados que ganaron la Primera y la Segunda Guerra Mundial, es que Auschwitz e Hiroshima, el *blitz* de Londres y el incendio de Dresden, no son mutuamente excluyentes sino parte de la misma siniestra lógica militar que la Primera Guerra Mundial desató. El primer gran genocidio del siglo XX, así pues, ocurre en las trincheras, si bien no lo llamamos así porque los muertos, unidos todos ellos por el común denominador de ser hombres jóvenes europeos (y de las colonias europeas) aparecen fragmentados en diversas naciones, las mismas cuyos estados precipitaron su muerte.⁴ Si los Estados no dudaron por un instante en tratar a sus propios ciudadanos del modo atroz en que lo hicieron, ¿por qué habría de sorprendernos que villanos como Hitler aplicaran la idea misma de la destrucción masiva a un segmento de la ciudadanía apenas 20 años después del final de la contienda?

La matanza organizada de las trincheras traumatiza de un modo inusitado porque depende de una nueva visión del cuerpo en la batalla, al que se priva de toda dignidad tanto por el daño brutal que las nuevas armas (sobre todo los obuses y el gas) infligen, como por el hecho de que muchísimos cadáveres quedaron sin enterrar en tierra de nadie a la vista de los combatientes. Esta pérdida de respeto hacia el cuerpo del enemigo —en general, del combatiente— se corrigió parcialmente tras el armisticio cuando se intentó dar sepultura digna a los muchos cadáveres dispersos por el frente a la par que se construyeron monumentos para conmemorar a los caídos. Fussell comenta que los pulcros cementerios de Flandes y Francia no son tumbas individuales como sugieren las blancas cruces dispuestas en perfectas filas sino fosas comunes, dado el deterioro de los cuerpos y la imposibilidad de identificarlos. Con todo, la ficción de la tumba individual sirvió para consolar a los familiares de un bando pero no a los del otro, ya que según nos cuenta el historiador John Keegan los vencedores impidieron a los alemanes darles los mismos honores a sus muertos:

Los campos de batalla orientales estaban fuera de su alcance debido a la revolución bolchevique, los occidentales se pusieron a su disposición para la recuperación y reentierro de los cuerpos a regañadientes. Los franceses y los belgas encontraron poco espacio en sus corazones y en su suelo patrio para la creación de cementerios de guerra alemanes. Mientras a los ingleses se les concedió *sépulture perpétuelle* para sus lugares de entierro, que se transformaron en los años 20 en el archipiélago de

cementerios ajardinados que lucen su belleza a lo largo del Frente Occidental, los alemanes se vieron obligados a excavar fosas comunes en lugares apartados para enterrar los restos de sus soldados (1999: 5).

Este trato mezquino junto a lo que supuso el Tratado de Versalles de 1919 es lo que hizo que Hitler y sus secuaces se comportaran del modo en que lo hicieron. Alemania se convirtió en el niño que, abofeteado injustamente por algo que no ha hecho, lleva su rabia al extremo de hacer algo imperdonable.

Anexo horripilante a la cifra de 8 millones de muertos son los 2 millones de desaparecidos, tanto los cuerpos enterrados jamás identificados como los cuerpos de los que no quedó nada. Uno de los desaparecidos más conocidos es John Kipling, hijo del autor inglés Rudyard Kipling y caído en Loos a los 18 años de edad. Kipling, gracias a cuyas influencias el miope John pudo alistarse, malgastó años esperando hallar a su hijo aún vivo mientras sufría los remordimientos propios de haberlo enviado a la muerte. Irónicamente, la Imperial War Graves Commission, establecida en 1917 y que determinó en 1918 que no se repatriaría ningún cadáver británico por su gran coste y porque no se hacía con los caídos en el servicio colonial, le encargó a Kipling –activo propagandista a favor de la guerra– que escribiera los epitafios para las tumbas en los cementerios colectivos del antiguo frente. Se puede intuir que en cada una de las frases que Kipling redactó para otros esperaba hallar el consuelo que no pudo conseguir en su propia tragedia.

El tema del soldado desaparecido colea aún hoy en la reciente película de Jean-Pierre Jeunet, *Un long dimanche de fiançailles* (2004, según novela de Sebastián Japrisot), que narra los esfuerzos de la joven Mathilde por saber qué le ocurrió a su prometido Manech. El joven, que cae en la demencia al ser rociado por los restos de un compañero hecho trizas por un ob s, se autolesiona la mano para así volver a casa, pero su intento de desertión y los de otros cuatro desesperados es castigado por órdenes del mariscal P tain con su abandono sin armas en tierra de nadie en medio del combate. Otra joven, Vera Brittain, cuenta en sus memorias *Testament of Youth* (1933) el horror de perder a su prometido, un hermano adorado y dos amigos, uno de los cuales jams  es hallado al ser su cadáver presumiblemente vaporizado también por un ob s. En la escena más triste del libro Brittain da otro ejemplo más de la total falta de respeto y empatía de los gobiernos implicados en la contienda al ser testigo de cómo la madre de su amado Roland, muerto de un devastador disparo que le destroza el estómago y la columna vertebral, recibe los enseres del fallecido, entre ellos el destrozado uniforme: «Esos harapos ensangrentados me hicieron ver, como no había visto antes, todo lo que Francia significaba realmente» (2005: 251). La madre y ella misma rechazan con horror tan singular *memento mori* y Brittain emprende años más tarde una melancólica peregrinación por los escenarios de su pérdida hasta visitar las tumbas de su hermano y de su novio.

La distancia entre lo que la guerra le hizo al cuerpo del soldado y lo que el hombre criado en los valores tradicionales de la gloria y el honor militar imaginaba que ocurría en el frente es tal que, en la mayoría de los casos, los combatientes jams  se recuperaron del trauma. Los que lo intentaron a través del arte, la literatura y el testimonio personal, han dejado multitud de pruebas de que lo más insoportable era el estar constantemente expuesto, por una parte, a un peligro mortal sin posibilidad de defensa y, por otra, a la visión de los cuerpos despedazados. El gran poeta Wilfred Owen, que dejó imborrable testimonio de lo que es un ataque con gas en su soberbio poema «Dulce et decorum» –tan cercano a lo que pasaría en las duchas de Auschwitz– acab  en el hospital psiquiátrico

de Craiglockhart, especializado en el tratamiento del *shellshock* con base en las técnicas freudianas del Dr. William Rivers, tras soportar durante días la siniestra visión del cuerpo fragmentado de un oficial compañero. Allí conoció a otro gran poeta, Siegfried Sassoon, víctima de la encerrona de su buen amigo el también poeta Robert Graves, asustado cuando Sassoon, entonces capitán, se vio en peligro de ser ejecutado por haber publicado una aguda protesta contra la guerra. En ese texto incendiario tan fácilmente neutralizado por las autoridades militares, que prefirieron creer en un imaginario trastorno mental, Sassoon ponía el dedo en la llaga al escribir que lo que empezó como guerra de defensa a favor de la pobre Bélgica invadida por Alemania se había convertido en una guerra de agresión, con el consecuente sacrificio de las tropas para fines injustificables:

He visto y soportado el sufrimiento de las tropas y ya no puedo seguir siendo cómplice de la prolongación de ese sufrimiento para fines que según creo son malignos e injustos. No protesto contra el modo en que los militares conducen la Guerra sino contra los errores políticos y las insinceridades por las cuales los hombres están siendo sacrificados.⁵

Sassoon, que fue un soldado muy efectivo apodado "Jack el Loco" por su arrojo, no podía aún en 1917 conciliar el ideal heroico con lo que vio en el frente, razón por la cual su texto de protesta intenta eximir de culpa a los militares, aunque pronto aprendió a darle un tono más amargo y satírico a sus poemas que contagió al hasta entonces manso Owen.

Paradójicamente, el historiador escocés Niall Ferguson ha llegado a afirmar que si Alemania hubiera ganado la unificación europea que hoy se nos vende como gran utopía, se habría adelantado 50 años. El párrafo final de su controvertido estudio *The Pity of War* (1999), título que alude a un verso en el poema «Strange Meeting» de Owen, el cual presenta la guerra como una pena en el doble sentido de ser dolorosa y patética, afirma sin ambages que la guerra fue «algo peor que una tragedia, drama que el teatro nos enseña a ver como inevitable en última instancia. Fue nada más y nada menos que el mayor *error* de la historia moderna» (462, énfasis original), error que no tenía que haber ocurrido porque produjo una devastación humana innecesaria. La actitud crítica de Ferguson respecto a la habitual representación del soldado de la Gran Guerra como víctima pasiva y su aseveración de que muchos de esos soldados disfrutaron en el atroz cumplimiento de su deber encaja con el otro aspecto en el que la guerra fue un error: rompió todos los tabúes en cuanto a qué era permisible y acostumbró al combatiente a la idea de que no cabía tener escrúpulos en tal situación, simiente de la que en última instancia se deriva también el Holocausto.

Hoy nos rasgamos las vestiduras incrédulos ante lo que los civilizados alemanes les llegaron a hacer a los judíos, pero olvidamos que su deshumanización es análoga a la del soldado de otras naciones en la Gran Guerra. El prometido de Vera Brittain, Roland, da testimonio de su sorpresa ante su propia alienación en una carta dirigida a ella (ya entonces curtidora enfermera voluntaria en un hospital de guerra): «Me pregunto si tu metamorfosis ha sido tan completa como la mía. Siento que soy un bárbaro, un hombre salvaje de los bosques, rígido, estrecho de miras, pragmático, tal vez un incipiente adicto a la disciplina –en absoluto el tipo de persona que se asocia con [...] la poesía o el clasicismo diletante» (2000: 216). Y aunque Hitler y sus compinches persiguieron con saña a Eric Maria Remarque por dar en su *best-seller* internacional *Sin novedad en el frente* (1929) una visión nihilista del soldado alemán alejada de la idea nazi de la gloria militar nacional,

se intuye que en el fondo la ofensa de Remarque consistió en ser extraordinariamente preciso. Paul, el protagonista trasunto del propio autor, ha sido presentado como ejemplo del sufrimiento pasivo del soldado a ambos lados de las trincheras pero —lo mismo que Roland y que el Robert Graves del volumen de memorias *Adiós a todo eso* (1929)— hay en Paul un potencial para llevar a cabo las atrocidades ordenadas por el Estado que aún no ha sido analizado a fondo y que es fruto de esa misma deshumanización y alienación. Tras su momento más crítico, el episodio en el que es testigo de la lenta agonía de un soldado francés a quien hiere de muerte en un cráter dejado por una bomba, Paul concluye que no hay que darle más vueltas y que la guerra es así, atribuyendo finalmente su ansiedad al simple hecho de que pasó demasiadas horas junto a su víctima. Por su parte, Robert Graves aclara con su habitual sutil ironía que «en cuanto a atrocidades comprobadas, en el sentido de violaciones personales y no militares del código de guerra, se dieron pocas oportunidades —excepto en el intervalo entre la rendición de los prisioneros y su llegada (o no llegada) al cuartel general» (1960: 191)—. De lo que él mismo hizo no dice nada, aunque está claro que tanto él como sus amigos Sassoon y Graves fueron asesinos además de poetas, a pesar de que fuera al amparo de la acción legítima del frente.

Esta atrocidad a nivel personal no es más que una consecuencia de esas violaciones del código de guerra implícito a las que Graves alude y que son fruto de la entrada masiva de la tecnología en la guerra sumada a la experiencia colonial, factores ambos basados en el desprecio al cuerpo humano. Cuando la Primera Guerra Mundial llega, las guerras napoleónicas soberbiamente retratadas por Liev Tolstoi en *Guerra y paz* (1865-9), que bien podrían rebautizarse como pre-Primera Guerra Mundial, y otras tan significativas como la Guerra de Crimea (1854-6), la Guerra Civil Americana (1861-5) y la Guerra Franco-Prusiana (1870-1) ya han marcado el curso que la guerra seguirá en el siglo XX: la tecnificación y la masificación intensiva. Pese a los avisos agoreros de textos fantásticos como *The Battle of Dorking* (1876) de George Chesney, en el que Alemania invade una Inglaterra mal armada y excesivamente confiada, y, por supuesto, *La guerra de los mundos* (1898) de H.G. Wells, en que se da el primer retrato de una invasión con armas de destrucción masiva, los soldados de la Primera Guerra Mundial no estaban preparados para enfrentarse al inicio de la carrera armamentística en la que aún estamos sumidos hoy. Los soldados de uno y otro bando se encontraron no sólo con que las armas usadas para eliminar al súbdito colonial —rifles, fusiles y ametralladoras Maxim— se usaban contra ellos (hay una distancia mínima entre los ametrallamientos masivos de indios por parte de los británicos en Amritsar de 1919 y de judíos por parte de los alemanes en Baba Yar en 1941) sino también con que se les usó como blanco de nuevas armas: bombas de todo tipo, lanzallamas, gas venenoso, tanques y artillería de gran alcance, torpedos lanzados por submarinos, aviación armada con ametralladoras y zepelines para lanzar bombas sobre la población civil. El campo de batalla, en suma, pasó a ser campo de exterminio, idea que a partir de la Guerra Civil Española —en la que se bombardeó por primera vez en masa a los civiles en la ciudad de Barcelona— se incorporó definitivamente a la guerra. Esta sustitución brutal del combate por la masacre fue rápida y sorprendente en su extensión incluso para los mandos que la organizaron. Si Auschwitz llegó a tener la capacidad de “procesar” 10.000 cuerpos al día, el 1 de Julio de 1916 murieron más de 19.000 soldados británicos en la batalla del Somme, la mayoría ametrallados mientras avanzaban hacia las líneas enemigas sin resguardo alguno.

No es mi intención ningunear el Holocausto judío sino señalar que, lejos de ser incomprensible, como a menudo se dice, es un punto más en una nueva mentalidad de destrucción

masiva que se cimenta en la Primera Guerra Mundial. El Holocausto es una espectacular vía secundaria del camino que se inicia en las trincheras, pasa por Dresde y conduce a Hiroshima, pero en absoluto un hecho aislado y mucho menos inexplicable (y si lo es, será en el mismo grado que la Primera Guerra Mundial). De hecho, mientras el Holocausto judío se nutre de la larga historia y de la lógica perversa del antisemitismo, la Primera Guerra Mundial carece de toda lógica. Como la de Hamlet, la locura de Hitler tuvo un método y nos horroriza por su muy alemana eficiencia y precisión. La otra locura, la que lleva del Somme a Hiroshima (teñida ésta un tanto, pero no tanto de intención genocida) nos parece más racional pero no lo es en absoluto. Espuesel momento de volver a las trincheras y redescubrir lo que ocurrió allí.

Notas

¹ Todas las traducciones de los originales en inglés son de la autora.

² Aunque la versión oficial turca es que no hubo genocidio intencionado sino muertes subsidiarias al traslado forzoso y a las luchas internas, un millón de armenios perecieron entre 1917 y 1919 en un caso que parece ser un ensayo general de lo que ocurriría con judíos, gitanos, homosexuales, deficientes psíquicos y físicos, y prisioneros políticos bajo el nazismo. Alemanes y turcos fueron aliados durante la Primera Guerra Mundial.

³ Hitler no combatió en las trincheras sino que su misión en el frente fue la de mensajero, trabajo crucial en una situación en la que las líneas de teléfono eran a menudo destruidas.

⁴ Hay que recordar que los combatientes fueron forzados por las leyes del servicio militar obligatorio a ir al frente, un modo de coerción que nunca se considera genocida pero que lo fue en la Primera Guerra Mundial al tratar con absoluto desdén las vidas de los combatientes. En Gran Bretaña el estoicismo de las tropas reclutadas por el gobierno a partir de 1916 (inicialmente las fuerzas las componían sólo voluntarios) fue muy notable y lo mismo puede decirse de los alemanes; entre los franceses hubo motines y mayor número de desertiones. La objeción de conciencia, hay que recordar, era castigada con la cárcel, y la desertión (a menudo automutilación) con la ejecución.

⁵ El texto íntegro está disponible en muchas ediciones, entre ellas la de <<http://www.greatwar.nl/sassoon/sassoon-declaration.html>>. La «Protesta de un Soldado» fue publicada como carta al editor en *The Times* (31 de julio de 1917).

Bibliografía

Brittain, Vera (2005 ¹⁹³³): *Testament of Youth*, Harmondsworth: Penguin.

Ferguson, Niall (1999): *The Pity of War*, Nueva York: Basic Books.

Fussell, Paul (2000 ¹⁹⁷⁵): *The Great War and Modern Memory*, Oxford: Oxford University Press.

Graves, Robert (1960 ¹⁹²⁹): *Goodbye to All That*, Harmondsworth: Penguin.

Habeck, Mary R. (2000): «Technology in the First World War: The View from Below».

En Jay Winter, Geoffrey Parker & Mary R. Habeck (eds.): *The Great War and the Twentieth Century*, New Haven: Yale University.

Keegan, John (1999): *The First World War*, Nueva York: Alfred A. Knopf.

Kershaw, Ian (1999): *Hitler, 1889-1936*, Barcelona: Península.

Directora de la colección: Meri Torras
Grupo Investigador Cuerpo y Textualidad
Universidad Autónoma de Barcelona
Departamento de Filología Española
Edificio B
08193 Cerdanyola del Vallès (España)
<http://cositextualitat.uab.cat/>
gr.cositextualitat@uab.cat

© De los textos: los/as autores/as
© De la edición: Editorial UOC, S.L.
Rambla del Poblenou, 156
08018 Barcelona (España)
<http://www.editorialuoc.com/>

© Del diseño de la colección: Luci Gutiérrez,
Mar Valdeoriola
Coordinación editorial: Félix Ernesto Chávez y
Diego Falconi
Cuidado de la edición: Mireia Calafell, Noemí Novell,
Cristina Real, Meri Torras

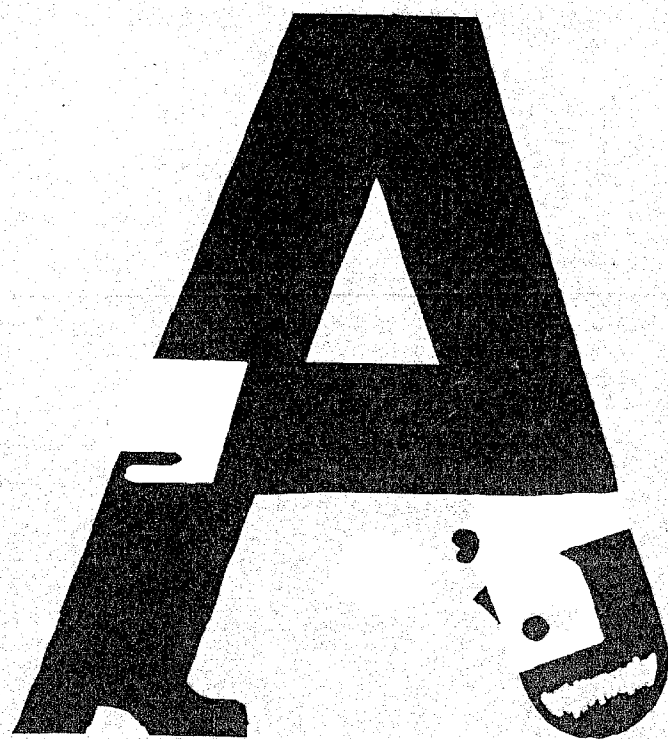
Diseño de la cubierta: Luci Gutiérrez
(www.holeland.com)
Maquetación: diagramadg.com

Esta publicación está vinculada al grupo Cuerpo y Textualidad, grupo de investigación reconocido por el AGAUR (2005SRG-1013) y que desarrolla el proyecto *Los textos del cuerpo. Análisis cultural del cuerpo como construcción genérico sexual del sujeto* (HÚM2005-4159/FILO).

Primera edición: noviembre de 2008
ISBN: 978-84-9788-725-0
Depósito legal: B-54850-2008

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en ningún formato ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, en fotocopia, en grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.





**BODY
THAT
COULD
NEVER
REST**

RELACIONES ENTRE
CUERPO Y CULTURA
EN LAS TRADICIONES
ANGLÓFONAS